

La Luz del Porvenir

Gracia 17 de

Agosto de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal
SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRIPCION
En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Los ancianos.—La falsa caridad.

LOS ANCIANOS.

I.

Siempre me han inspirado profunda compasión los ancianos, porque siempre he considerado la prolongación de la vida como un castigo. Cuando en nada creía me hacía el razonamiento de que pasada la edad de las pasiones, de las ilusiones color de rosa, de las risueñas esperanzas (que son el manjar de los dioses) (manjar que sólo se saborea en la juventud), cuando se evaporan las fugaces alegrías, y se viene abajo el castillo de naipes del placer y llega la edad madura con su desencanto, con su helada realidad y la vejez un poco más tarde con su decrepitud, con sus enfermedades, con su impotencia... ¿Para qué tanto martirio? ¿para qué tantos días penosos y tantas noches sin sueño? cuanto mejor era morir algunos años antes; donde no hay sensación, no hay agonía. Esta era mi opinión cuando no tenía ni luz en los ojos, ni luz en el alma.

Cuando más tarde, conocí y estudié el Espiritismo, también seguí creyendo que llegar á la ancianidad, es una gran expiación, puesto que tantos cuantos años se permanece en la Tierra, no se hace más que padecer, por regla general; pues aún cuando hay seres que viven rodeados de una familia amorosísima, que no han conocido nunca los horrores de la miseria y que son relativamente felices, el organismo humano es una máquina delicadísima, y con el peso de los años su mecanismo se resiente, funciona mal, y suele venir el reuma á entumecer los miembros, el asma á no dejar descansar un momento á los pobres viejos, la sordera á aislarlos por completo, la ceguera á hundirlos en el abismo de la sombra, y mil y mil penalidades que convierten su estancia en este mundo en un verdadero purgatorio, y á veces en un infierno.

Si compasión me inspiran todos los ancianos, los pobres, por razón natural, me inspiran mucha más lástima, porque su tormento no tiene comparación con las contrariedades de los viejos ricos.

Como la generalidad de los terrenales no nos distinguimos por nuestras virtudes, sucede con muchísima frecuencia que en una familia numerosa, si no hay abundancia, el primero que estorba es el padre ó la madre, que inútiles para trabajar, la una ó el otro, mal humorados con sus dolencias y con el despego que notan en los suyos, son las notas, ó la nota discordante en el concierto de la familia; los niños son

los únicos que se acercan á la pobre vieja ó al triste abuelo, y las caricias y agasajos de los pequeñuelos son las únicas flores que embalsaman con su perfume de amor la vida de los ancianos; pero hasta este goce purísimo les proporciona á veces grandes disgustos; porque la condescendencia que tienen con los pequeñitos, los malcria, los muchachos se vuelven exigentes, voluntariosos, y dicen sus padres con enojo:—Es claro, como que la abuela, ó el abuelo, les dan todos los gustos, y aunque pidan una barbaridad se la conceden, estas criaturas se vuelven insoportables; esto no puede seguir así, hay que poner tierra por medio, porque estos chiquillos serán unos perdidos, sin respeto á sus mayores.

Las palabras, que como dice el refrán, son como las cerezas (que se enredan muy fácilmente) los abuelos se enojan por el sistema educativo de sus hijos, lo encuentran severo en demasía; los jóvenes se quieren imponer á los viejos y á los niños, y se suele romper la soga por lo más delgado, esto es, por los pobres ancianos, que sufren mil vejámenes de su familia, ó caminan errantes sin saber dónde guarecerse. Esto es triste, pero desgraciadamente es muy cierto, por eso los viejecitos son para mí muy dignos de compasión, porque sufren en todas las esferas de la vida, raro es el viejo fuerte y robusto y... ¡Ay de los débiles y los enfermos!

De algún tiempo á esta parte mi interés por la ancianidad ha ido en aumento, y no es porque mi espíritu sea hoy más bueno que ayer, sino por la sencillísima razón de que me veo más cerca de la vejez. Mi cuerpo decae al peso de los años y de las penalidades y me voy haciendo cargo de lo melancólica y penosa que será la existencia conforme vaya perdiendo nuestro cuerpo su agilidad, su firmeza y su vigor.

Hace pocos días leí en un periódico un suelto que me impresionó tristemente, pues en él se contaba el proceder incalificable de una mujer que abandonó á su padre, anciano de 85 años, dejándolo encerrado en la casa que habitaban, donde el infeliz permaneció varios días en el mayor abandono, y gracias que los vecinos le echaban por una ventana algún alimento. Al fin la justicia tomó cartas en el asunto y el pobre viejo fué trasladado á un Asilo benéfico provisionalmente.

Cuando me entero de una mala acción, me entrego, sin poderlo remediar, á las más tristes consideraciones; porque sabiendo que todo tiene su causa, me horroriza pensar en el *ayer* de la víctima y en el *mañana* del verdugo, porque éste no sabe lo que hizo en otras existencias aquel á quien hiere, de consiguiente, su crimen no tiene excusa, y se prepara para sufrir después lo que hoy hace padecer al que no puede defenderse. Hacer daño á un niño y á un viejo, es forjar las cadenas de la esclavitud para millones de siglos.

Yendo esta mañana por la calle, vi á una anciana pobremente vestida, nada más raído que su abrigo negro, que por el uso y los años estaba jaspeado entre pardo y verdoso: una mantilla de color de ala de mosca cubría su venerable cabeza y una falda de percal casi blanca por el uso, completaba su humilde atavío. Sin saber por qué, me interesó aquella mujer, acorté el paso para marchar á su lado y contemplarla mejor, y noté en su semblante ¡una tristeza!... ¡un desaliento!... ¡un cansancio tan grande! sus ojos estaban enjutos; pero era indudable que sus lágrimas rodaban por dentro haciendo depósito en su corazón.

De muy buena gana le hubiera dicho:—Cuénteme sus penas, yo sé compadecer porque he sufrido mucho; pero como no se acostumbra el ir con esas embajadas cerca de aquellos que no conocemos, no tuve más remedio que seguir mi camino. La distancia separó á nuestros cuerpos, pero mi pensamiento siguió ocupándose de aquella mujer; sentí deseos de escribir, tomé la pluma y estampé en el papel una mínima parte de las ideas que germinaban en mi mente.

Comprendí desde luego que no estaba sola, que un espíritu deseaba comunicarse conmigo. ¿Quién será? dije mentalmente; y de súbito recordé á una anciana que hace más de cuarenta años que dejó la Tierra. La conocí en mi casa de Sevilla, antigua criada de mi madre, ésta la trataba con tanto cariño y deferencia, que comía en nuestra mesa y á mí me reñía y me quería como si fuese su nieta. Envejeció tanto, que tuvo que aceptar el hogar de su hija, conservando tanto cariño á mi madre, que mientras humanamente pudo andar por la calle, nos visitó, y cuando ya no le fué posible, mi madre y yo íbamos á verla con la mayor frecuencia. Cuando murió, aunque en torno de su lecho estaban sus hijos y sus nietos, la pobre anciana miraba á todos lados buscando á alguien que no veía; al fin se incorporó, llamó á mi madre dos veces, y espiró. ¡No cabe más cariño en la Tierra!

Confieso ingénuamente, que en la constante lucha de mi vida, muchos han sido los séres que se han borrado de mi memoria, por eso al acordarme de Antonia, de la buena anciana que conocí en mi niñez (única persona con quien mi madre me dejaba salir) me he quedado verdaderamente sorprendida, y aunque ha sido grata mi sorpresa, confieso ingénuamente que he sentido á la vez algo muy parecido, muy semejante al remordimiento, por no haberle consagrado un recuerdo á un espíritu que hoy me dice:

II.

“Amalia, ¡hija mía! no te apesares, no vengo á reconvenirte, dejastes de verme en esa época de la vida en que la mente no suele conservar muchos recuerdos; el espíritu va en busca de lo desconocido, y olvida fácilmente lo hallado que desaparece por la ley de la transformación. Además, ¡perdiste tan pronto la casa donde juntas habitamos! que los recuerdos de tu niñez tuvieron que borrarse por que nada quedó que dijera á tu alma: aquí distes tus primeros pasos, aquí balbuceastes tus primeras palabras aquí jugaste con tus muñecas.”

“No vengo á reconvenirte, antes al contrario, vengo á felicitarte, porque has progresado mucho desde que yo dejé la Tierra.”

“Hace años que deseaba comunicarme contigo, lo que tu madre sembró yo quería que tú lo recogieras. ¡Te acuerdas!... Yo veo aún tu salita de estrado con su gran sofá donde tu buena madre hacía que yo reclinara mi débil cuerpo, siempre que por mi torpeza y mis achaques me caía en la calle. Allí me tenía todas las horas del día, allí me llevaba el alimento hasta que por la noche venía mi hija por mí. Me encontraba tan bien al lado de tu madre que prefería su grata compañía á la de mi familia. ¿Te llama la atención que al morir la llamase con afán? nada más justo, porque ella fué la que más me consideró y me respetó en la Tierra los muchos años que estuve en tu casa tu madre no vió en mí á la humilde servidora, vió á la madre de familia deseosa de ayudar á los suyos con su asídúo trabajo. Los años que sobre mí pesaban eran para ella motivo de veneración y tanta confianza tenía en mí, que sólo á mí confiaba su tesoro, ¡su hija!... ¡su Amalia! su Dios en la Tierra; por eso, cuando yo te acompañaba sin darme cuenta de lo que sentía, experimentaba un placer inmenso, mi alma agradecía tanto el cariño de tu madre, que aunque en mi natural rudeza y en mi ignorancia yo no podía expresár lo que sentía, sin embargo mi espíritu, que rechazaba la servidumbre y que estaba sediento de cariño, y ansioso, muy ansioso de consideración social, todas las distinciones que tu madre tenía conmigo me llenaban de grandísima satisfacción. Sus confianzas me enorgullecían, aquel lugar que me concedía en su mesa, aquel cuidado y solicitud

para que me cuidara y me alimentara, todos aquellos desvelos fueron raíces de un afecto que ha ido en aumento conforme mi espíritu ha ido progresando. Mi último pensamiento en la Tierra fué para tu madre; y su recuerdo el primer rayo de luz que vi al despertar en el espacio. Al darme cuenta que no había muerto miré á ese mundo para buscar á tu madre y á mi hija, por más que á esta última no le debí nada de extraordinario, pero ¡se quiere tanto á los hijos! mas confieso que tu madre era lo que más me atraía ¡le debía tanto bien!„

“¡Cuán lejos estabais las dos de creer que aquella viejecita que formó parte de tu reducida familia en tu niñez, estaba á vuestro lado tomando parte en vuestras muchas penas y escasas alegrías!„

“Cuando tu madre dejó ese planeta, yo fuí la primera que salió á su encuentro y al despertar de su letargo despertó en mis brazos. Su primer pensamiento fué para tí ¡cuánto, cuánto te ama!...„

“Tú no has comprendido todavía á la que te sirvió de madre en tu actual existencia, la quieres, veneras su memoria, pero estás lejos, muy lejos de comprender la inmensidad de su amor. ¡Te quiere tanto!... su amor no pertenece á la Tierra, no es de ese mundo ni de otros análogos, no quiere como quieren las madres, quiere más, mucho más, es un alma toda amor, por eso también me quiso á mi, por eso despertó mi sentimiento y por ella soñé con el progreso. Ella es un Sól de ternura y yo soy uno de sus satélites. Como ella te cubre con sus rayos luminosos, yo á mi vez te envuelvo con mi fluído, ella te ama sobre todas las cosas, yo te quiero porque tú eres su foco de atracción.„

“Cuando ibas hoy por la calle y te fijaste en la pobre anciana, yo fuí la que te impulsé á que leyeras en aquel semblante una historia de lágrimas, (que otro día te contaré) aquella mujer y yo tenemos lazos de otros tiempos; al acercarte á ella te pusiste en relación con su espíritu y yo aproveché aquel momento oportuno para envolverte con mi fluído, ayudado poderosamente por la voluntad de aquel espíritu que te decia con sus ojos lo que tú no pudiste comprender.„

“¿Y sabes por qué me urgía comunicarme contigo? porque quería disipar una nube que muy á menudo nubla el horizonte de tu porvenir. Aunque los espíritus te animan con sus comunicaciones, aunque tú dices que aceptarás sin murmurar todo cuanto tu expiación te haga sufrir, sin embargo, te engañas á ti misma: tu espíritu tiene miedo, mucho miedo, ¿sabes á qué? á la ancianidad, á la ancianidad con su decrepitud, con su impotencia, con su agotamiento de esperanzas y sus amargas realidades; por eso los ancianos atraen tanto tu atención y mientras mas pobres y desvalidos los ves, más los miras; y sin querer pensar, piensa tu espíritu, y habla sin hablar, sin articular sonido, diciendo con espanto: ¿Si será éste mi fin? ¡Jesús!... ¡Qué horror!... Y yo vengo enviada por tu madre para decirte, que no te atormente semejante idea, que concluyeron para ti las horas de horrible tribulación, que bueno es que estudies (para enseñar) en el libro del dolor, mas no por esto es necesario que veas en aquellas páginas las páginas de tu historia; cada cual tiene la suya más ó menos dolorosa, mas ten la certidumbre absoluta que el epílogo de tu actual existencia no será trágico, ni aun dramático, será sencillamente una puesta de sol en una tarde de otoño.„

“Me encarga tu madre que te diga, que cuanto tú más te intereses por el bienestar de los ancianos, tanto más te alejarás de un final desastroso. Tú tiembles horrorizada cada vez que lees que un anciano es conducido al Hospital, y hoy mismo, al saber que hay en la ciudad que habitas una anciana que padece perlesía y de continuo le dan ataques en medio de la calle, la conducen al Hospital, se alivia, sale y

vuelve á entrar á los pocos días sin poder siquiera pronunciar su nombre, ese *ir y venir á la Casa del dolor*, te angustia, te preocupa, aunque te quieres negar á ti misma tal preocupación; pero tu madre, que lee en tu alma mucho mejor que tú y yo (que también leo) porque ella me ha enseñado á leer, te digo en su nombre, que no crees en la justicia de Dios ni en sus sabias leyes, figurándote que puedes dejar la Tierra llorando desesperadamente. No aprecias en lo que vale la protección espiritual que tienes hace muchos años; una cosa es no ser dichoso, y otra es ser inmensamente desgraciado. Agradece y aprecia en su inmenso valor el bien que tienes, ampara á los ancianos, consuela sus pesares, pregúntales el porqué de sus penas, pero no veas en el infortunio de los más pobrecitos el cuadro terrorífico de tus últimos años.”

“Adios, Amalia; ya que tanto te fijas en los ancianos, pronto te contaré varias historias que te interesarán.”

“Ya sabes que al lado de tu madre está el espíritu de aquella viejecita que tanto te quiso en tu niñez, y que te ha seguido queriendo, porque de la semilla que sembró tu madre quiero que tú recojas abundante cosecha.—ANTONIA.”

III.

Siempre me producen satisfacción las comunicaciones de los espíritus, pero la que acabo de recibir me ha producido inmenso júbilo por muchos conceptos. Amantísima de la verdad, en las comunicaciones busco siempre las pruebas más razonables de la identidad de los espíritus, y la comunicación de este sér de ultratumba que en su última encarnación se llamó Antonia, me satisface por completo.

Ya he dicho que, confesando mi delito, en el largo plazo de más de cuarenta años no le he consagrado uno de esos recuerdos íntimos que llevan el consuelo al espíritu recordado: solamente, alguna que otra vez hablando de mi infancia y de lo buena que era mi madre para todo el mundo, hablaba de Antonia, pero muy á la ligera; se había borrado de mi mente el cuadro que ella me ha venido á presentar, y la verdad de la comunicación ultraterrena me da tanto aliento!... tanta energía y esperanza, que se abren ante mí las puertas del Paraíso; puertas, no es la palabra apropiada puesto que el infinito no tiene cerco ni murallas, no hay más que espacio, y éste se dilata, se engrandece tanto cuanto las miradas del espíritu se dirigen á la inmensidad.

Me ha hablado después de mi madre, único rayo de sol que iluminó la mañana de mi vida, y que aun me presta su calor bendito.

Me ha demostrado con razones y con la lógica de los hechos que no debo abrigar temores sobre mis últimos años si llego á la ancianidad. ¡Cuánto bien me ha hecho la comunicación de Antonia!... ¡Gracias, Dios mío! y tú buen espíritu que has sabido comprender y agradecer las distinciones que tuvo mi madre para ti, tú que has seguido paso á paso la jornada de mi actual existencia, comprenderás que mi espíritu cuando recibe una prueba de cariño ¡se alegra tanto!... se cree tan obligado á devolver mil por uno, que de hoy más vivirás en mi memoria, y siempre que te quieras comunicar conmigo, me creeré feliz. Miraré mi casita de Sevilla, mi madre colmándome de caricias, y tú, tolerando mis caprichos y exigencias de niña mimada.

¡Bendita sea la comunicación de los espíritus! ¡Bendita seas, Antonia, que de la semilla que sembró mi madre, tú me ofreces abundante cosecha! ¡Bendita sea la semilla del amor!... bendita sí; porque su fruto es pan de vida eterna, con el cual se nutren las almas.

AMALIA DOMINGO SOLER.

LA FALSA CARIDAD.

He aquí la en que nuestros días vienen practicando algunas colectividades nombradas de "Caridad Cristiana,, bajo cuyo respetable epígrafe encubren la consigna de uncir las conciencias de los desheredados de la fortuna al yugo del fanatismo, y resucitar los tiempos en que imperaba la dominación absoluta de las tiranías.

Triste, tristísimo y contrario á nuestro modo de sentir, nos es suscitar represalias, máxime cuando éstas han de lastimar intereses particulares, ó denunciar errores de determinadas instituciones; ya porque nuestro criterio sea altamente conciliador y opuesto á la censura, ya también porque—á fuer de librepensadora—respetamos en todo ser la libertad de conciencia, desde el fanático mahometano hasta el descreído ateo.

Empero si bien nuestra conciencia rechaza el constituirnos jueces de los que no comulgan en nuestras creencias, en cambio nos ordena protestar noblemente contra hechos—de suyo censurables—que acusan la deficiencia de determinados dogmas, ó bien el fanatismo de muchos de sus adeptos, para los cuales no existen otros hijos ante Dios, que los que militan en las filas del catolicismo romano, negando, con tal aberración, la Infinita Justicia del infinitamente Justo, la Bondad Infinita del infinitamente Bueno.

Sentado esto, pongamos de relieve el inaudito insulto que algunas de las colectividades aludidas lanzan á la purísima faz de la más sublime de las manifestaciones del alma: la Caridad.

Esta sublime virtud, dulce efluvio de la Divinidad misma; este nobilísimo sentimiento, manantial de las acciones más heroicas, de los actos más laudables; este ángel purísimo de niveas alas, que con vertiginosa rapidez salva las distancias del solio á las cabañas; esa solícita amiga, que amorosa sorprende la miseria abrumadora de la humilde buhardilla, como el llanto silencioso que bajo el artesonado techo de regio alcázar arrancan á los seres favorecidos por la fortuna, las incurables heridas del alma; ese amoroso genio, cuyo nítido ropaje presta abrigo al desheredado huérfano, á la desventurada viuda, al decrepito indigente y al desgraciado ciego; esa benéfica cosmopolita, que no reconoce patria, que no respeta fronteras, que no acata dogmas ni establece jerarquías; esa benéfica amiga, cuya amante mano enjuga todas las lágrimas, restaña todas las heridas, alivia todos los dolores, desarma todos los odios; esa sublime virtud, que inspirara la vida de abnegación, el sacrificio heroico del Mártir de los mártires; ese divino sentimiento, que en el Gólgota escribiera la epopeya más grandiosa de la humanidad, vese escarnecida por algunos seres que se consideran como la representación genuina de la Caridad.

Y decimos que es escarnecida, porque escudados con el sacro nombre de la "Caridad Cristiana,, ejerce una injusta coacción sobre las conciencias de los desheredados que á ellos acuden en demanda de pan y abrigo; y sostenemos que ultrajan nombre tan venerando, porque al presentarse en la morada del desgraciado que implora el auxilio de la caridad, antes de preguntarle cuáles son sus necesidades, cuáles sus dolores, le interpelan sobre sus creencias religiosas; y antes de prestarle los auxilios que librarle deben de una muerte espantosa, ó separarle de la horrible sima del crimen en que puede precipitarles el grito desgarrador de sus harapientos pequeñuelos, que hambrientos le piden pan, la decantada "Caridad

Cristiana, le exige, con despiadada intransigencia, el certificado parroquial que acredite haber cumplido el precepto de la confesión, establecido por la Iglesia.

Empero, no es esto sólo lo que nos induce á creer que ultrajan estos pseudo-cristianos el nombre santo de la Caridad, cuando son llamados á practicar el sagrado deber de la beneficencia domiciliaria.

Es otro hecho aun más punible; es un triple ultraje inferido á la Caridad; es un insulto personal, dirigido por esas pseudo-cristianas, á una entidad, á quien sin conocer personalmente, se abrogan el derecho de lanzar el anatema divino, por el solo hecho de que, siendo *espiritista*, se atreve á enjugar las lágrimas, á mitigar los dolores de una desgraciada familia, enferma y sin recursos. Y al anatematizar á la *espiritista*—que asiste á sus hermanos que lloran sin preguntarles si son católicos, ateos, mahometanos ó budhistas,—al excomulgar á la *espiritista*, que se atreve á invadir la morada del dolor para consolar á sus desgraciados hermanos—sin imponerles condiciones, sin cohibir sus conciencias;—al impugnar, con los términos más destemplados, creencias cuya sublime moral desconocen en absoluto, llevan su encono, esas señoras de la “Caridad Cristiana”, al extremo de exigir á la desventurada familia—por ellas socorrida—que renuncie á los socorros recibidos de la señora *espiritista*, como procedentes de un alma que está eternamente *condenada*. Mas no se detiene aquí el fanático encono de las caritativas visitantes; pues tienen el mal gusto de asegurar—con increíble aplomo—que hasta los desgraciados menesterosos que reciban los auxilios de los *espiritistas*, formarán parte de su diabólico cortejo en los antros infernales, hasta la consumación de los siglos.

¡Nefastas teorías, inventadas por el fanatismo!

¡Monstruoso sofisma, que falsea los principios regeneradores de la moral de Cristo!
 ¡Negra afrenta, lanzada procazmente á la santa Doctrina, sellada en el Calvario con la sangre mil veces bendita del Mártir de los mártires! Escandaloso mentís, lanzado impunemente á las máximas venerandas del Sabio sobre todos los sabios, traducidas en esta sublime frase: “Amad á vuestros enemigos; perdonad á los que os ofenden, y haced bien á los que os persiguen y calumnian”,; y sancionadas con el más sublime ejemplo.

Y á la verdad, ¿no nos enseñó Jesús, con su ejemplo, á ser humanos y caritativos con todos nuestros hermanos, cualquiera que fuera su religión, origen y costumbres? ¿No dijo repetidas veces, que no había venido sólo para las ovejas escogidas de la casa de Israel? ¿No acogía bajo su poderoso amparo, á samaritanos y judíos, gentiles é israelitas? ¿No pronunció su espirante y amoroso labio, en su postrimer instante, aquella sublime frase: *Padre, perdonadles, que no saben lo que hacen*; frase que reasume fielmente la caridad inmensa que se traduce en la moral de su divino código? Pues si el humilde artesano de Nazaret nos enseñó á amar y tolerar; si desplegaba un inusitado celo en sembrar el bien y convertir el fanatismo, ¿por qué los que se intitulan cristianos, no siguen su santa huella? ¿Por qué mirar como enemigos á los que no profesan determinadas creencias? ¿Por qué denegar un pedazo de pan al hambriento, si éste no milita en las filas del catolicismo? ¿Acaso la Caridad establece líneas divisorias, ó reconoce fronteras? ¿Acaso el Augusto Creador no envía á nuestro sol para que caliente tanto á justos como á pecadores? Y si así no fuese, ¿quiénes son los justos? ¿Quiénes son los pecadores? ¡Ah, señoras de la “Caridad Cristiana!”

¡Esta es una pregunta á que sólo el Sabio de toda eternidad, puede dar una respuesta definida! Mas si en algo puede valer mi humilde opinión, os diré que: “todos, todos sin excepción, somos ó hemos sido pecadores; y todos, obedeciendo á la ley

del progreso, sabia como su Divino Autor, hemos de llegar—á través del tiempo y el espacio—á ser justos,, porque Dios—que es la suma perfección—no puede haber creado nada, predestinado á ser eternamente imperfecto. Así pues, renunciemos á estériles represalias; depongamos preocupaciones de escuelas; abdicuemos innobles pasiones—nacidas á raíz de decrepitas creencias—y espiritistas y neocatólicos, mahometanos y protestantes, budhistas y ateos—cada uno con sus respectivas creencias—practiquemos el bien por el bien mismo, sin inmiscuirnos á averiguar la religión que profesan nuestros protegidos, porque sería altamente inmoral y anticristiano, negar un pedazo de pan á los menesterosos hermanos nuestros que no profesen nuestras creencias. Obrando de este modo, lejos de mancillar el nombre, mil veces venerando de la Caridad, la ennobleceremos más y más, y ungiremos su purísima frente con el aroma, también purísimo, de nuestro amor hacia nuestros hermanos menesterosos, y nos encaminaremos hacia Dios por el amor y la justicia, eslabón precioso que unir debe todos los seres al Ser Supremo.

AMALIA TORRES DE MARESMA.

DINERO DE LOS POBRES.

Felipe 2 pesetas; Ana 8 id. 75 céntimos; De Almonacid de la Sierra 6 pesetas 10 céntimos; T... 5 pesetas; Carmen Arqués 10 id.; T. 4 id.; Faustino 2 id.; varios espiritistas 11 id. 75 céntimos; Feliciano 1 id.; de la venta de libros 4 id. 50 céntimos; Carlos 8 pesetas; Ramona 1 id.; Ramon 1 id.; una señora 4 id.; María 1 id.; T... 5 d.; Manuela 1 id.; Joaquina 6 id.; Petra 5 id.; C. M. 4 id. 65 céntimos; Ricardo 4 id. 80 céntimos; Santiago 6 id.; Antonino 1 id. 70 céntimos; un espiritista 5 id.; Enriqueta 5 id.; Doroteo 10 id.; un matrimonio 3 id.; Francisco Alarcón 50 céntimos; Miguelín 2 id. 50 céntimos; Agustín 2 id. Total 132 pesetas 25 céntimos, que hemos repartido del modo siguiente:—A una viuda con hijos 15 pesetas; á una pobre vergonzante 37 id., á una anciana 38 id. 50 céntimos; á una familia en la mayor miseria 19 id. 60 céntimos; á un obrero enfermo 11 id. 15 céntimos; á una obrera 1 id. 25 céntimos á una anciana 1 id 70 céntimos; á la viuda de un suicida 5 id.; á una pobre vergonzante 2 id.

¡Nada queda en la caja de los pobres!...

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE PARA UN MÁRTIR DEL ESPIRITISMO.

Suma anterior, 1206 pesetas 35 céntimos.—Francisca Suarez 2 pesetas 50 céntimos; de Arenys de *Mar* y Arenys de *Munt* 3 pesetas; Josefa Egea 2 id.; Santiago 2 id.; Doroteo Valle 5 id.; Aurelio 2 id.; el Angel Araceli 1 id.; Jaime Garbarino 1 id.; *Los Hijos de la Fé* 1 id.; Doroteo 6 id.; los espiritistas de Palamós 5 id.; de Ardales 1 id.; total 1237 pesetas 85 céntimos.

Se le han mandado las mensualidades hasta la de Agosto y suplicamos encarecidamente á los espiritistas, que no olviden á un *mártir del Espiritismo*, entre muchos la dádiva no llega al sacrificio y se hace una obra de justicia atendiendo á un hombre, que podía nadar en la abundancia y por no hacer traición á nuestros ideales hoy se ve reducido á la miseria. Cumplamos como debemos y haremos un bien al que honra nuestra escuela.